

Fluye el Sena

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: imagen de Isla de Saint-Louis en París, © isaxar

Título original: *Coule la Seine*

Colección dirigida por Félix García Moriyón

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Editions Viviane Hamy, Paris, 2002

© De la traducción, Anne-Hélène Suárez Girard

© De la invitación a la lectura, Alexis Ravelo, 2022

© De las actividades, Jesús Merino Palacios

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19207-33-3

Depósito legal: M-16.697-2022

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Fred Vargas

## Fluye el Sena

Tres casos del comisario Adamsberg

Invitación a la lectura de Alexis Ravelo

Actividades de  
Jesús Merino Palacios

Traducción del francés de  
Anne-Hélène Suárez Girard

 Siruela

Colección Escolar 44 (Filosofía)

## Índice

<b>Invitación a la lectura</b>	9
Alexis Ravelo	

### FLUYE EL SENA

Salud y libertad	15
La noche de los brutos	62
Cinco francos unidad	85

<b>Actividades tras la lectura</b>	105
Jesús Merino Palacios	

<b>Por si quieres seguir disfrutando</b>	143
--	-----

# Invitación a la lectura

## Quién y por qué

La buena literatura se basta a sí misma. Por eso quizá lo adecuado sería que obviases la presente invitación para sumergirte en la lectura de *Fluye el Sena* y, únicamente después de disfrutarlo, regresases a estas primeras páginas por si tengo algo que aportar. Pero ¡qué se le va a hacer!, yo ya estoy aquí, escribiendo esto para ti, a quien supongo joven y persona curiosa, pese a estar preocupada por tantas cosas importantes y ocupada por tantas obligaciones, tanto estudio, tantas responsabilidades. No obstante, en esta máquina del tiempo llamada libro, ya se sabe que yo escribo desde un pasado donde acaso aún no has nacido y tú me lees en un futuro en el que puede que yo ya no exista. Por ejemplo: tal vez este libro concreto ha estado cien años olvidado en la biblioteca de un geriátrico (soy de los que piensan que habrá geriátricos y bibliotecas dentro de cien años), entonces, tú que me lees no eres esa persona joven a quien yo imaginaba dirigirme cuando redacté esto.

En todo caso, intentaré ser tan leve como breve y comenzaré explicando que lo que vas a leer es un volumen que contiene tres novelas cortas (o tres cuentos largos) de Fred Vargas (seudónimo de la historiadora y arqueozoóloga Frédérique Audoin-Rouzeau), quien, desde hace años, fascina a sus numerosos lectores con ficciones criminales.

Ignoro cuál será el estado de la cuestión dentro de cien años; por ahora, en esto de la ficción criminal falta aún estudio académico serio, aunque dicen quienes de esto saben que, pese a que existen muchos tipos de novelas de crímenes, esencialmente solo hay dos. La primera gira en torno a la resolución de un enigma: alguien, se desconoce quién, ha matado a alguien o ha robado algo y eso quiere decir que se ha producido una excepción en el orden que la sociedad constituye, una ruptura en la paz y la tranquilidad. Para que ese orden social sea restablecido, habrá de venir un profesional o aficionado brillante (policía, detective o rentista interesado en los misterios) de personalidad carismática, recta moral y aguda inteligencia. Entonces, examinado el asunto y mediante el análisis y la deducción (mediante el uso de la razón, para entendernos), logrará determinar la identidad del malhechor y ponerlo en manos de las autoridades. Este tipo de historias resultan elegantes y amenas, proporcionan a quien las lee el placer intelectual de acompañar al investigador (Sherlock Holmes, el sargento Cuff, el padre Brown o Miss Marple) en sus averiguaciones. Aparte de hacernos pasar un buen rato, su objetivo principal es buscar respuestas.

El segundo tipo de historias de crímenes no está tan centrado en saber *quién* es el delincuente como en preguntarse *por qué* es el delincuente. Aquí el delito no es ya una excepción en el orden, sino que forma parte del orden mismo: la violencia física se convierte en una expresión de esa otra violencia que preside las desigualdades, las injusticias, las contradicciones que forman parte de las relaciones entre los seres humanos. La identidad del criminal no se oculta tanto o, incluso, no tiene demasiada importancia: lo principal es indagar en la condición humana, explo-

rar las posibilidades morales, psicológicas, existenciales (y hasta políticas) de las relaciones entre los personajes. Su propósito no es, pues, hallar respuestas sino hacer preguntas. O, más bien, *hacer que nos hagamos* preguntas.

Fred Vargas juega con ambas tradiciones. Sus historias, en principio, parecen pertenecer a la primera e, incluso, recuerdan a algunos clásicos: en «Salud y libertad», alguien envía anónimos avisando de que va a cometerse un crimen que quedará impune, igual que en *El caso Saint-Fiacre*, una novela de la serie del comisario Maigret, de Georges Simenon; en «La noche de los brutos», aparece en el río el cadáver de una mujer, como en «El misterio de Marie Rogêt», investigado por Auguste Dupin en el célebre cuento de Edgar Allan Poe. Sí, podríamos afirmar que, como en las novelas de detectives más clásicas, en las ficciones de Vargas siempre hay un asesino por descubrir. Sin embargo, su identidad es lo de menos. De hecho, el protagonista de *Fluye el Sena*, el comisario Adamsberg, no es, que digamos, un maestro de la deducción. Carece de la fina inteligencia del comisario Maigret o de Auguste Dupin y se fía más de su experiencia, de su intuición, de corazonadas que le van saliendo al paso. Eso sí: conserva una gran curiosidad por los seres humanos y sabe ser compasivo cuando es necesario. En las historias de *Fluye el Sena* los destinatarios de su curiosidad y su compasión son un antiguo sastre con síndrome de Diógenes, un ornitólogo borracho y un *clochard* que vende esponjas, personajes que a Fred Vargas (y, creo, al lector) le interesan más que el enigma de la identidad del asesino. Esos personajes pertenecen a la categoría de los excluidos del discurso público, lo cual, ya se sabe, les convierte en privilegiados observadores de la sociedad. Pero, además, todos ellos son

sabios en alguna materia concreta y, pese a su apariencia vulgar, resultan sorprendentemente interesantes. Sus conversaciones con Adamsberg resultan ser, en mi opinión, lo más suculento de estas tres ficciones: nos incomodan, nos plantean preguntas sobre nosotros mismos y sobre el mundo, nos hacen pensar.

Y a propósito de la incomodidad y de las preguntas que podría provocarnos la lectura de *Fluye el Sena*, ahora que vas a leer «Salud y libertad», «La noche de los brutos» y «Cinco francos unidad» (o ahora que ya las has leído), me despido proponiéndote que te fijes en lo siguiente: en los tres casos, las víctimas son mujeres. Mujeres asesinadas a manos de hombres. Ahí te dejo esa idea, por si se te ocurre preguntarte por qué.

ALEXIS RAVELO